

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco,
coordinadores

Memorias del seminario internacional: El legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad



FLACSO
ECUADOR

© 2014 Flasco Ecuador

Coordinación de la Colección

Pensamiento de Fernando Velasco Abad:

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco.

Coordinación editorial del volumen: Soledad Álvarez Velasco

Edición: Álvaro Campuzano Arteta

Impreso en Ecuador 2014

ISBN: 978-9978-67-428-4

Flasco Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888 Fax: (593-2) 323 7960

www.flasco.edu.ec

La versión E-book de este volumen contó con el auspicio de la Fundación Rosa Luxemburg con fondos del Ministerio Alemán para la Cooperación Económica y el Desarrollo (BMZ)

Índice

Presentación	ix
<i>Soledad Álvarez Velasco y Santiago Ortiz Crespo</i>	

Apertura: el Conejo que necesitamos

Fernando Velasco: pensamiento y acción	3
<i>Alejandro Moreano</i>	

Fernando Velasco: intelectual y militante.	9
<i>Enrique Ayala Mora</i>	

I. Debates desde la teoría de la dependencia

Capitalismo dependiente y relaciones de producción en <i>Ecuador: subdesarrollo y dependencia</i> de Fernando Velasco	21
<i>Matarí Pierre Manigat</i>	

“Atrapar una imagen del pasado en un momento de peligro”: recordando y recuperando el marxismo crítico de Fernando Velasco Abad	33
<i>Agustín Lao Montes</i>	

Fernando Velasco: entre la teoría de la dependencia y el anuncio de la teoría de la revolución	43
<i>Patricio Rivas Herrera</i>	

II. Legado en los estudios agrarios

La cuestión agraria en el pensamiento de Fernando Velasco	55
<i>Manuel Chiriboga Vega</i>	
Crítica a la modernización capitalista y horizonte de autonomía en el movimiento campesino	65
<i>Francisco Hidalgo Flor</i>	
El pensamiento de Fernando Velasco Abad y las nuevas cuestiones agrarias	75
<i>Francisco Rhon Dávila</i>	

III. Legado político y organizativo

Fernando, el Conejo Velasco y su actualidad política	85
<i>Alberto Acosta</i>	
El pensamiento político de América Latina en los setenta: sus rupturas y perspectivas en el siglo XXI	95
<i>Francisco Muñoz Jaramillo</i>	
Marxismo, socialismo y teología de la liberación en la década de los setenta en Ecuador	109
<i>Hernán Rodas</i>	
El legado político del Conejo y la(s) izquierda(s) en el Ecuador y el mundo de los setenta. Un ensayo testimonial	119
<i>Máximo Ponce</i>	
Fernando Velasco	127
<i>Fander Falconí</i>	
El Conejo Velasco y la lucha de los trabajadores en la década de 1970	131
<i>José Chávez</i>	
El Conejo en la memoria de las organizaciones campesinas.	137
<i>Pedro Vásquez</i>	

IV. Hacia una lectura crítica de los proyectos de izquierda en la década de 1970

Apuntes para una crítica feminista de la izquierda (de los setenta)	145
<i>Silvia Vega Ugalde</i>	
En torno a los fantasmas de la izquierda radical ecuatoriana del setenta	163
<i>Hernán Ibarra</i>	
Visión crítica sobre los aportes en torno a la problemática indígena de Fernando Velasco Abad	177
<i>Luis Maldonado Ruiz</i>	

V. Los setentas dentro de nuevas agendas de investigación en el contexto regional y nacional contemporáneo

Las pendientes de los años setenta: cuestiones y reflexiones para una agenda de investigación	195
<i>Massimo Modonesi</i>	
Crítica y política en la sociología radical de los años setenta. Un homenaje a Fernando Velasco Abad	207
<i>Valeria Coronel</i>	
Sobre los autores	227

V. Los setentas dentro de nuevas agendas de investigación en el contexto regional y nacional contemporáneo



Las pendientes de los años setenta: cuestiones y reflexiones para una agenda de investigación

Massimo Modonesi

En este ensayo apuntaré a cuestiones vinculadas con el análisis de los movimientos socio-políticos de la época de Fernando Velasco Abad. Tales cuestiones se relacionan con la militancia y el marxismo de este pasaje de época y son seleccionadas en función de algunas preguntas que tienen relevancia no sólo historiográfica sino frente a problemáticas muy actuales tanto políticas como relativas a una agenda para la sociología política latinoamericana a la altura de los desafíos de nuestros tiempos.

Señalo, de paso, a nivel metodológico, la necesidad y al mismo tiempo el riesgo que implica periodizar la historia latinoamericana asumiendo que existe un tiempo y un espacio latinoamericano, susceptible de ser reconocido, observado y pensado como tal. Desde mi perspectiva, lo latinoamericano, este escurridizo objeto de estudios y de deseos políticos y culturales, puede ser abordado desde una perspectiva transversal: atravesando países y épocas, buscando elementos comunes a la mayoría de los países, sin paralizarnos cuando no se expresen de forma estrictamente comparable o con una perfecta sincronía histórica. Con esto apunto al reconocimiento de tendencias generales al interior de las cuales se pueden identificar elementos recurrentes que se presentan regularmente bajo diferentes combinaciones o configuraciones temporales y espaciales. En este sentido y bajo estos criterios, en el ejercicio de reflexión histórica que presento a continuación trataré de atender la relación entre lo nacional y lo regional.

Fernando Velasco Abad fue parte de aquella generación que vivió las que podemos visualizar como las pendientes políticas de los años setenta

latinoamericanos. Es decir, los procesos de ascenso y descenso de los movimientos revolucionarios en esta década. En efecto, los años que cruzan las décadas de 1960 y 1970 pueden ser considerados como el punto más alto de un largo proceso de acumulación de fuerza por parte de las clases subalternas quienes ejercieron su contrapoder provocando una creciente conflictividad al interior de las sociedades capitalistas, vislumbrando alternativas socialistas.¹

Podemos convenir en que los años setenta constituyen un parteaguas de la historia de las izquierdas latinoamericanas. Diría que se trata de un pasaje de implicaciones mucho más profundas que la de la caída del muro de Berlín, ya que la derrota histórica no se vivió en Moscú sino, años antes, en los procesos de lucha de clase y en la capacidad de respuesta reaccionaria de las derechas de la región.² El legado de esta década se configura en función de la tensión entre el ascenso de movimientos revolucionarios –que cierra un largo ciclo de acumulación de fuerzas iniciado desde los años 1920– y su derrota histórica –que abre un periodo de reflujo hasta inicios o mediados de los años noventa o hasta el inicio del nuevo milenio, según los casos–. Entre ascenso y descenso, victoria hipotética y derrota real, se vislumbran dos agendas temáticas y problemáticas, una agenda del antagonismo y una agenda de la subalternidad, que merecen ser atendidas en sí mismas y, paralelamente, relacionadas y vinculadas entre sí. Esto para dar cuenta de un proceso ambivalente y contradictorio así como para mostrar una apertura de escenarios y bifurcaciones políticas que pueden enriquecer el actual debate de las izquierdas latinoamericanas y ofrecer un horizonte de visibilidad que, desde la retrospectiva, permita pensar en perspectiva, más allá de la coyuntura y el cortoplacismo que generalmente imperan en el debate político inmediato y en el periodismo y opinionismo que lo acompañan.

La avanzada, la pendiente ascendente, podemos caracterizarla en general a partir del concepto de *antagonismo*. Antagonismo entendido como un proceso de subjetivación centrado en la experiencia de insubordina-

1 Para una mirada sobre esta década desde la perspectiva de las luchas en Italia y Francia ver Modonesi (2014).

2 Avancé esta idea en Modonesi (2007).

ción. El reflujo, la derrota, la desmovilización podemos pensarla a partir de la noción de *subalternidad*, o usando un neologismo poco elegante, re-subalternización. En términos de investigación, habrá que construir y atender agendas temáticas y problemáticas propias del antagonismo y de la subalternidad y posteriormente vincularlas, cruzarlas, sobreponerlas para tratar de captar la imbricación del proceso entre continuidades y rupturas. Además de su indiscutible valor historiográfico, a nivel de sociología política, el estudio y la revisitación de los años setenta sirve para pensar la contradicción, los procesos contradictorios, los puntos de inflexión entre flujos y reflujos de la acción colectiva, entre movilización y desmovilización, siempre relativas, siempre imbricadas y, al mismo tiempo, reconocibles como marcas históricas, como sellos de procesos visibles y por lo tanto susceptibles de ser nombrados y caracterizados.

Bajo este prisma, voy a tratar de vislumbrar tres temas puntuales. El primero relacionado con el antagonismo, el segundo como criterio de distinción entre el momento antagonista y el subalterno, y el tercero centrado en el retorno a la subalternidad.³ Hablaré de la politización de la juventud como rasgo substancial de todo ciclo ascendente de lucha, de la democracia como criterio de distinción entre ciclo y procesos entre los años setenta y ochenta, y de la derrota como problema de interpretación, ahondando en la idea de revolución pasiva como una variante de la contrarrevolución en América Latina.

Ha sido ampliamente destacado el tema de la militancia, de la moral, de la mística militante y se ha remarcado la cuestión generacional. Es sabido que la generación de militantes revolucionarios de los años setenta fue un fenómeno transversal, latinoamericano y mundial. En Italia a esta generación se la denominó la “mejor juventud” para remarcar una excepcionalidad histórica. Pero, ¿ha sido excepcional o más bien constituye un fenómeno recurrente aunque lamentablemente no regular? Tenemos que seguir las pistas e investigar y analizar los ciclos de movilización y politización juveniles y estudiantiles, contrastar distintos momentos históricos, empezando por los años ochenta (años de reflujo en la gran mayoría de

3 El uso de estos conceptos se sustenta en Modonesi (2010).

los países latinoamericanos), ver ciclos de protesta, reconocer y destacar generaciones marcadas por experiencias de politización y movilización, pero también, a contrapelo, dar cuenta de generaciones “perdidas” que no tuvieron ni vivieron nada parecido. Este tipo de ejercicio permite tener claves de lectura para pensar la política y lo político, los horizontes de transformación que se abren y cierran en distintos momentos históricos, empezando por el que estamos viviendo. En efecto, en la historia de las izquierdas no hay ciclo ascendente, no hay emergencia de movimientos antagonistas como los de los años 1920-1930 o de los años 1960-1970 sin la contribución substancial y fundamental de una generación politizada y, tendencialmente, radicalizada. Con esta preocupación, para el caso mexicano, hice un pequeño ejercicio en relación con la que llamé la generación neozapatista entre 1994 y 2001, cierto vacío intermedio y la experiencia reciente del #YoSoy132 (Modonesi, 2013a). Pero, ¿qué sucedió en Ecuador? ¿Cuál fue la trayectoria de la generación del Conejo? ¿Qué tipo de politización o despolitización marcó a las generaciones posteriores?

Regresando a los setenta, planteo a modo de ejemplo dos preguntas puntuales de investigación, seleccionadas, lo admito, en función de mis propias inquietudes político-intelectuales: una en el sentido del ascenso antagonista, otra del retorno de la subalternidad.

- A. ¿Qué significó y puede volver a significar para las juventudes—universitarias y no— la experiencia del clasismo, del basismo, de la identificación, de la solidaridad transversal, de una forma específica de politización y de proyección de la politicidad?
- B. ¿Qué frustraciones produjeron y qué impactos desmovilizadores tuvieron los excesos de sectarismo, voluntarismo y, en particular, el sobredimensionamiento del papel histórico de los grupos dirigentes, de las vanguardias?

El segundo punto, relativo al pasaje entre antagonismo y subalternidad, entre el ciclo ascendente que se expresa en los años setenta y el reflujo de los ochenta, remite al problema de la democracia. Cuestión que me parece un indispensable criterio de lectura de época que permite subrayar una discontinuidad fuerte en el pasaje entre la década del setenta a la del ochenta en América Latina y también en Ecuador.

El criterio se constituye en función de la tensión entre democracia participativa y democracia electoral. En los años setenta, desde el florecimiento de los debates marxistas entre distintas corrientes, con un viento libertario *dans l'air du temps*, como dicen los franceses, la democracia aparecía de forma explícita como una cuestión de justicia y de igualdad pero también como participación masiva, como movimientos socio-políticos, como clase en sí, como autodeterminación, hoy diríamos, en general, como acción colectiva. Sindicatos, partidos y movimientos eran espacios de conquista democrática, de democratización social, además de poderse ver también como ámbitos de prefiguración que anunciaban la emancipación (aunque en ellos, ha sido ampliamente señalado, como en cualquier proceso, se manifestaban inercias conservadores, vicios autoritarios, discriminaciones, etc.). La cuestión del poder popular, no solo como fórmula del proceso chileno, era una forma de plantear el tema de la participación como antídoto al estatalismo, que no dejaba de estar presente como tendencia, así como el autoritarismo enmascarado de centralismo democrático y la burocratización. Así que los setenta están atravesados por un anhelo democrático substancial y por cierta concepción de la democracia como proceso de participación que está muy lejos de la que se impuso en la década siguiente.

A nivel latinoamericano, los años ochenta son conocidos como los años de la transición a la democracia. Una transición que albergó ilusiones variables pero que, a la postre, mostró claramente ser un poderoso dispositivo hegemónico en función estrictamente conservadora en términos políticos, una forma para dar consenso y legitimidad a un proceso profundamente reaccionario a nivel socio-económico como fue el neoliberalismo, correlato político que sostuvo una neo-oligarquización que se expresó en forma partidocrática. La democratización formal fue permitida e inclusive propiciada por derechas históricamente antidemocráticas en tanto se había despejado el terreno de las oposiciones antisistémicas y el pluralismo se reducía a un polo, se volvía pluralismo unipolar, alternancia entre diversas expresiones partidarias del consenso neoliberal.⁴ Me parece que esta

4 Agustín Cueva fue un precursor de esta perspectiva radicalmente crítica de las transiciones a la democracia, ver Cueva (1988).

caracterización latinoamericana calza con la experiencia ecuatoriana, en particular después de la muerte de Roldós.

El contraste entre la perspectiva democrática participativa (en algunos casos cooperativa y autogestionaria), progresiva y prefigurativa de los movimientos revolucionarios de los setenta, y la democracia procedimental, controlada o restringida de los ochenta, es flagrante y constituye una clave de lectura histórica.

Para pasar al tercer punto, referido a unas breves consideraciones sobre el retorno a la subalternidad a partir del debate sobre la derrota, menciono brevemente dos intervenciones incluidas en este libro a modo de ejemplo del alcance y perímetro de este tema. Máximo Ponce señala en forma contundente que sí hubo una derrota pero habla de retornos, al estilo del viejo topo, y de nuevas derrotas con lo que, si me permiten la ironía, vislumbra una teoría de la derrota permanente que, desde otra perspectiva, podemos pensar como resistencia permanente. Por su parte, Agustín Lao Montes señala que no deberíamos hablar de derrota. Si alargáramos la mirada espacial a Centroamérica, en particular a la Revolución Sandinista de 1979, y ampliáramos el horizonte temporal hasta el zapatismo en 1994, podemos asumir las derrotas como episodios, como expresiones parciales del proceso general, apuntando a una acumulación profunda y –no sé si pensando en la fórmula de Rosa Luxemburgo– señaló que se puede ganar perdiendo, creando repertorios de acción, contradiscursos, etcétera.

A este debate podríamos agregar otro argumento cercano al de Agustín Lao Montes y que complementa al de Máximo Ponce. Considerando que el lugar y el papel de los movimientos revolucionarios en la historia ha consistido en reiteradas ocasiones en mover las correlaciones de fuerzas, vislumbrar saltos históricos y abrir horizontes de visibilidad que se convirtieron no tanto en excepcionales revoluciones triunfantes sino, más frecuentemente, en ciclos de reformas, generalmente hechas por otros y utilizadas en función desmovilizadora –pero reformas, al fin y al cabo, que mueven, reacomodan y renegocian la relación entre capital y trabajo–. Dicho en forma escueta: los movimientos revolucionarios pueden servir para impulsar procesos reformistas.

Todas estas consideraciones incluyen elementos de verdad y pueden sustentarse en referencia a procesos concretos. Pero nada de esto revierte

la tesis general de la derrota histórica. Subrayo lo *histórico* y remito al ciclo amplio latinoamericano entre los años 1920 y los años 1970, un amplio ciclo de acumulación de fuerzas, con altos y bajos, con algunos picos variables según los países. Más de medio siglo de difusos e intensos procesos de movilización, organización, educación y politización de masas.

Un criterio general para evaluar la derrota de los movimientos revolucionarios podría ser que no solamente no se pudo “hacer época” –para usar una fórmula por medio de la cual Gramsci (1975: 1334, 1680 y 1744) señalaba un principio de discontinuidad– como se pretendía, sino que, además y por el contrario, se revirtió la tendencia.

¿Por qué se dio y cómo se dio esta derrota?

En torno a estas preguntas florecen las interpretaciones. Sobre los límites y los errores de las izquierdas, además de las versiones conservadoras y reaccionarias (un botón de muestra magistral de Oswaldo Hurtado aparece en el documental sobre el Conejo Velasco realizado por Pocho Álvarez W.), mucha tinta ha corrido e infinitas autoflagelaciones han circulado por América Latina. No quiero ni puedo, por falta de espacio, detenerme sobre este punto. Solo haré una mención sobre la cuestión de la unidad. Tema recurrente en el seminario a partir del que se ha elaborado este libro, ya que ésta era una preocupación y fue una contribución política del Conejo Velasco.

En efecto, la izquierda, entendida como espacio político relativo y cambiante, fue habitada en los setenta por diversas organizaciones y movimientos que sólo esporádicamente fueron convergiendo en torno a luchas y fines comunes. La diversidad fue fuente de riqueza y de debate y, al mismo tiempo, causa de rivalidad y de división. Por una parte, el pluralismo era un factor que potenciaba y fortalecía en la medida en que daba cabida a varias expresiones y matices sobre distintos temas cruciales característicos de las definiciones políticas izquierdistas, las cuales requieren de debate y se nutren de la crítica. Por la otra, debilitaba en tanto no permitía sumar las fuerzas necesarias para hacer frente al poder de las clases dominantes, poder económico y político que no depende tanto del número y la orga-

nización como en el caso de las clases subalternas. Número y organización (cuántos militantes, simpatizantes-votantes y cómo se vinculan entre sí) que pueden ser potenciados por medio de procesos de unificación. Sin embargo, la palabra *unidad* tenía y sigue teniendo una fuerte connotación imperativa ya que alude a una visión mecánica de las relaciones políticas y a una resolución cosificada, monolítica y eventualmente burocrática del problema de las alianzas y las convergencias.

La historia latinoamericana, no tan diferente en esto de la de otras latitudes, nos cuenta cómo este esquema se presentaba, en la realidad, fragmentado en diversas y distintas corrientes y expresiones partidarias. Frente a esta dispersión, el llamado a la unidad se volvió un recurso frecuente, a veces rutinario, en otras ocasiones eficaz como antídoto contra extremismos y sectarismos, en alguna otra oportunidad como consigna que encubría la renuncia a un proyecto radical y autónomo para terminar diluyéndose y subordinándose.

Ahora bien, es cierto que los momentos más exitosos y fecundos de la izquierda del siglo XX fueron acompañados por movimientos convergentes, pero no siempre unitarios, pues no implicaron fusiones o confusiones en el plano partidario o ideológico. Como regla general, la convergencia resultó indispensable y decisiva para empezar a sumar fuerzas y dejar de restarlas a causa de enfrentamientos internos causados por la disputa por la supremacía o hegemonía de una u otra fracción dentro del campo de la izquierda.

En efecto, me parece que en los setenta hubo convergencia a partir de objetivos comunes. Las divisiones entre comunistas, católicos, maoístas, trotskistas, guevaristas se enmarcaban en un universo compartido que podemos llamar izquierda radical o, mejor dicho, izquierda socialista revolucionaria. Está documentado, en otras experiencias como la italiana por ejemplo, que la falta de unidad entre grupos dirigentes y las encendidas y a veces violentas polémicas verbales doctrinarias no siempre impidieron colaboraciones de base sobre principios de compañerismo y solidaridad. Además no es tampoco lo mismo una convergencia o alianza en fase ascendente, como en la época del Conejo, que una en fase de reflujo, defensiva y de resistencia como la que le siguió.

Para entender a la derrota histórica más allá del análisis de los aciertos y desaciertos de las izquierdas y de la eventual falta de unidad, ha sido ampliamente analizado y documentado el papel y el peso de la represión, de la violencia política, del terrorismo de Estado, de la doctrina de contra-insurgencia, aplicada con diversas intensidades pero en todos y cada uno de los países latinoamericanos. Ahora bien, a diferencia de otros países, en Ecuador el proyecto y el proceso no desembocaron en un *militanticidio*⁵, en la eliminación física o psicológica —por medio de la tortura o el miedo— de la figura social del militante de la escena política. En esto también se define el tamaño de la derrota histórica y del triunfo de la reacción: en la desaparición relativa de una figura crucial que en forma creciente había habitado las sociedades latinoamericanas entre los años 1920 y 1970.

Además de la represión, que sigue siendo un instrumento muy eficaz para contener la protesta y los movimientos sociales en la región, aún bajo gobiernos progresistas, en el repertorio de las estrategias de dominación aparece una opción menos violenta, una modalidad más consensuada y menos coercitiva que Antonio Gramsci llamaba revolución pasiva.

Insisto sobre este punto, el último de este ensayo, porque me parece relevante para pensar la derrota histórica de las izquierdas en algunos países latinoamericanos, entre los cuales incluiría al Ecuador, y además porque podría permitir trazar un paralelismo, al cual aludió Santiago Ortiz en la inauguración del seminario, entre la década de 1970 y el presente ecuatoriano y la llamada revolución ciudadana.

Se trata de un tema extenso que aquí solo puedo enunciar en forma esquemática, remitiendo a un trabajo que escribí sobre los gobiernos progresistas latinoamericanos actuales caracterizándolos como revoluciones pasivas (Modonesi, 2013b). En los *Cuadernos de la cárcel*, Gramsci forjó el concepto de revolución pasiva con la intención de dar cuenta de procesos de transformación y reformas conducidos desde arriba que incorporaban demandas de movimientos y sectores subalternos que no tenían la fuerza de imponerlas por sí mismos. En este sentido la noción de *revolución pasiva* reconoce un grado significativo de transformaciones

5 Usé esta expresión por primera vez en Modonesi (2008).

económicas, sociales y políticas pero el adjetivo pasivo destaca la conducción desde arriba, el control social y la desmovilización que acompañaba a este tipo de revolución. A este dispositivo general, Gramsci agregaba en otros pasajes de los *Cuadernos* y en la senda de la teoría del bonapartismo inaugurada por Marx, la idea de que en situaciones de empates catastróficos entre clases dominantes y subalternas, empates en donde ninguna podía imponerse, solían surgir figuras carismáticas —que llamaba *cesaristas*— que podían presentarse y cumplir funciones progresivas o regresivas, a lo que agregaría, operando un proceso de delegación en clave de pasivización, de desmovilización o de control y manipulación instrumental de las movilizaciones. Por último, a estos dos conceptos, podemos asociar la idea de *transformismo* con la que Gramsci indicaba el desplazamiento de los grupos dirigentes surgidos de las luchas de las clases subalternas hacia el universo de las clases dominantes, hacia las instituciones del Estado. Gramsci planteaba esta triada conceptual como una herramienta para explicar transformaciones substanciales que no asumían la forma típica o paradigmática de la revolución activa, al estilo de la revolución francesa o rusa. A través de ella leía tanto el fascismo como el *New Deal* rooseveltiano y parecía aludir indirectamente a la incipiente involución burocrática de la URSS. Ahora bien, si aplicamos la distinción progresivo y regresivo a distintos tipos de revoluciones pasivas, podemos ser más precisos en su uso en relación a casos diversos.

En particular, revolución pasiva, cesarismo progresivo y transformismo, a mi parecer, pueden ser conceptos que permitan entender el conjunto de las prácticas que caracterizan a los gobiernos progresistas latinoamericanos de la última década, en tanto, si bien promueven cambios desde arriba en el terreno de las políticas públicas, al mismo tiempo se asentaron y propiciaron la desmovilización relativa de los movimientos antineoliberales que fueron fundamentales para modificar la correlación de fuerzas a partir de las cuales estos gobiernos pudieron surgir.

Ahora bien, regresando a los setenta, me pregunto si no se podría interpretar también a partir de estas claves al gobierno de Rodríguez Lara en el Ecuador, con su mezcla de autoritarismo y reformas, de cierre y apertura, y con ello avanzar hacia una explicación multicausal de la derrota de las

izquierdas revolucionarias ecuatorianas de esa década y, de paso, con ello, si es del caso, tender un paralelismo con el tiempo presente, entre el ciclo de movilizaciones de los noventa y mediados de la década de 2000, y el establecimiento de un gobierno progresista —electo a diferencia del de las Fuerzas Armadas— pero que, más allá de evaluaciones en otros órdenes (soberanía, justicia social y ecología por ejemplo), evidentemente no apuesta a pero tampoco parece apreciar o tolerar la movilización, la participación autónoma y la crítica de las clases subalternas organizadas, sino todo lo contrario.

Una vez más afloran y se contraponen distintas formas de entender la democracia.

Bibliografía

- Cueva, Agustín (1988). *Las democracias restringidas en América Latina*. Quito, Planeta.
- Gramsci, Antonio (1975). *Cuaderni dal Carcere*. Roma, Einaudi.
- Modonesi, Massimo (2007). “Los árboles y el bosque. Notas sobre el estudio del movimiento socialista y comunista en América Latina” en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo (2007). *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México, CEEICH-UNAM.
- _____ (2008). “Crisis hegemónica y movimientos antagonistas en América Latina. Una lectura gramsciana del cambio de época” en *A contracorriente*, Vol. 5, No. 2, University of Oregon.
- _____ (2010). *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*. Buenos Aires, Prometeo-CLACSO-Universidad de Buenos Aires.
- _____ (2013a). “De la generación zapatista al #YoSoy132. Identidades y culturas políticas juveniles en México” en *OSAL* núm. 33, CLACSO, Buenos Aires, mayo de 2013.
- _____ (2013b). “Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio de siglo” en Massimo Modonesi (coordinador) (2013). *Hori-*

zontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci. México, FCPyS-UNAM.

_____ (2014). “Antagonismo y autonomía en los años incandescentes. Las experiencias italianas y francesas de la década roja post 68” en Varios Autores (2014). *De la comuna a las autonomías. Historias de libertad y autodeterminación.* México, Bajo Tierra Ediciones. (En imprenta).